

Ian Craig

Ian Craig nació en Lincoln, Inglaterra. Desde hace nueve años es profesor de español en la Universidad de las Antillas (University of the West Indies) en Barbados. Cursó su doctorado por la Universidad de Londres, con una tesis sobre la censura en los libros de Guillermo y en *Las Aventuras de Tom Sawyer*, de Mark Twain. Residió dos años en Madrid antes de trasladarse a Barbados, donde buceó en el mar Caribe y en temas de inmersión cultural y estudio en el extranjero por fines lingüísticos.



Cubiertas de Pablo Ramírez, Editorial Molino, 1959. Cortesía Archivo PR. Jaén



Travesuras de Guillermo en la España franquista o el placer de la censura

No recuerdo el origen de la expresión “más pesado que una tesis doctoral”, pero su sentido –que una tesis se puede considerar como el sùmmum de lo aburrido– lo llevo metido hasta el tuétano por la trabajosa gestación de mi propia tesis sobre la censura franquista en los libros de Guillermo, de Richmal Crompton, y en las casi cien ediciones de *Las aventuras de Tom Sawyer* publicadas a lo largo del régimen nacional-católico. Sin embargo, quizá el tema elegido me salvó de la locura, a veces provocada por la obligación de dar a luz a un mamotreto que sólo un puñado de académicos jamás va a leerse: para mí y sin duda para otros, la censura tiene un “morbo” especial. Evocar el desconcierto del célibe señor cura ante la imagen gigante de Rita Hayworth despojándose de los guantes, tornándose en furia al comprobar su propia fascinación, es contemplar una imagen tan llena de comicidad como de patetismo. Escarbar en los expedientes de censura del franquismo conlleva, por tanto, su propio placer: el de revivir en la imaginación el sofocón de un acérrimo defensor de la recta formación juvenil ante una travesura infantil, como la de Guillermo cuando hace su agosto cobrando a los amigos por ver a la corpulenta tía Emilia roncando en su habitación –“Mujer gorda salvaje” reza el letrado que le coloca el empresario Guillermo– con su dentadura postiza expuesta como pieza complementaria en el velador (“por atentar seriamente al respeto que merecen los mayores por cualquier muchacho menor, debe modificarse, de no suprimirse...”).

Aquí evoco algunas de las peripecias de Guillermo, designado por Fernando Savater como “el único anarquista triunfante que los tiempos han consentido”, durante la época franquista, dejando para una próxima entrega la historia paralela de *Tom Sawyer*, ya que el estatus de éste como clásico literario consagrado lo diferencia de la serie de Guillermo en cuanto a su acogida por el régimen. ¿Realmente

pudo triunfar el anarquista Guillermo en el país donde el anarquismo en la realidad había sufrido tanto los embates del autoritarismo, fuese la modalidad estalinista o la pseudo-fascista? Habría que decir que sí triunfó –como afirma Savater, Guillermo es toda una referencia de la época para muchos que la vivieron como niños– pero con ciertas salvedades importantes de reconocer y de recordar.

Sólo un régimen con verdaderas intenciones de perpetuarse, se toma la molestia de implantar un sistema de control especialmente riguroso en el sector de la literatura infantil, de ahí el enfoque de mi estudio, encaminado a comprobar en qué medida el franquismo quiso prolongarse más allá de su epónimo fundador. Y de alguna manera, por lo menos en materia de literatura infantil, sí quiso, y pudo: los títulos de la serie de Guillermo, proscritos entre 1943 y 1959 en España a pesar de los heroicos esfuerzos de la Editorial Molino, se siguen publicando con las cercenaduras impuestas por los guardianes de la inocencia de los vástagos del nacional-catolicismo, sin duda porque supondría un gasto prohibitivo restituir los pasajes suprimidos para una nueva impresión.

Y digo que los esfuerzos fueron heroicos (aquí generalizo, fueron muchas editoriales, todos con sus héroes más o menos anónimos) no sólo porque los editores retaran al régimen con la mera propuesta de publicar ediciones para niños con protagonistas tan osados e inconformistas –a veces “olvidándose” de mencionar una denegación anterior, a ver si esta vez se mandaba a un censor más benévolo o despistado– sino porque también se vieron obligados a ejercer una extraña modalidad de autocensura, interviniendo en la traducción en un intento de “descafeinar” la obra y evitar así que se le encendieran los ánimos del susceptible y enojadizo “lector”. Por ejemplo, en *Guillermo el organizador*: “Sobre una silla, junto a su cama, había un libro sobre Historia **de la Iglesia** (a), regalo de la tía

Emilia. (Guillermo) Leyó unas cuantas páginas, pero el carácter y los hechos del **Santo Aidán** (b) le exasperó de tal manera, que se vio obligado a desahogarse sacando el lápiz de su estuche y adornando **la estampa del santo** (c) con un sombrero de copa y unas gafas". Las palabras en negrita fueron sustituidas a mano en las galeradas por éstas: a) "antigua de Roma"; b) "Emperador Nerón"; c) "la efigie del Emperador". Con tan exquisitas matizaciones se trataba de conservar el carácter subversivo de la narración sin trastornar la serenidad del "lector", encargado de filtrar los degradados productos de culturas menos "luminosas" que la española, que actuaban "como patógenos de desintegración y maleamiento del alma nacional".

Además de revelarnos las filigranas que realizaban los editores para favorecer sus peticiones, los expedientes también descubren verdaderos enigmas personales, quizás insolubles a estas alturas, como estos dos expedientes sobre *Guillermo el proscrito* firmados en días consecutivos de 1942 por el lector Conde:

- 2 de noviembre: Cuento inglés de carácter infantil. No encontramos nada que impida su publicación.
- 3 de noviembre: Cuento infantil de marcado carácter inglés que desentona con la formación de nuestra infancia, por lo que estimamos no debe ser autorizado.

¿Qué pudo provocar que amaneciera con tan exacerbada anglofobia encima el buen Sr. Conde, después de dictar su manso veredicto del día anterior? ¿Aires que se respiraban en la sobremesa del comedor del Ministerio? ¿Resaca provocada por un brandy inglés especialmente empalagoso? Nunca lo sabremos, pero parece dejarnos elocuente testimonio de los avatares ideológicos de los que los concienzudos "lectores" debían tratar de mantenerse al tanto en el ejercicio de sus funciones.

No cabe duda que en cierta época, una característica que a menudo se adujo para podar los títulos de la serie, e incluso suprimir algunos de modo íntegro, fue su procedencia extranjera, xenofobia que se justificaba con una consideración económica. De ahí el siguiente dictamen del mismo Conde sobre *Los apuros de Guillermo* cuando se sometió a censura, también en 1942: "Por su carácter de cuento infantil traducido del inglés, aunque no se halla nada censurable en el mismo, opinamos debe darse preferencia en esta clase de publicaciones a las netamente españolas y suspender aquellas mientras duren las circunstancias de escasez de papel".

Siempre resulta grato tratar de reconstruir la personalidad de estos personajes tan escurridizos, los "lectores" franquistas, que nos fascinan por su propia invisibilidad y

por la endeble huella literaria que dejaron, unas pocas frases que determinaron la suerte de obras de creación, que a veces parecían rebasar su capacidad de comprensión (exceptuando, por supuesto, a ciertos escritores profesionales que también ejercieron como censores). Se dice popularmente que tras el crítico literario se esconde un novelista o un poeta frustrado. El censor así se revela como un crítico doblemente frustrado, casi sin lectores propios pero con más capacidad para ensañarse con el autor cuando sus frustraciones le pueden: no sólo tiene capacidad para desprestigiar la obra, sino para hacerla desaparecer completamente. Sin duda, el gancho del reciente éxito del cine alemán *La vida de los otros* se basa en algo similar a mi fascinación por estos personajes: figoneamos al figón profesional, tenemos la oportunidad de calificar la labor de estos oscuros inquisidores menores que se agazapaban detrás de la sotana de sus congéneres más conocidos, imperiosos obispos y mediáticos Ministros de Información. Y al igual que en la película, me acabaron despertando cierta compasión, hasta cierta ternura, estos humildes servidores de la Gran Causa, tan deseosos de acatar las normas vigentes, pero a menudo sin aclararse de cuáles eran, exactamente. Fijense, pues, en los precavidos esfuerzos de neutralidad del lector Peña ante *Los apuros de Guillermo* en 1942, que más bien parece revelar los apuros del propio funcionario, aparentemente decidido a realizar una delicada maniobra de abstención: "Un libro de lecturas para niños que no posee nada malo ni nada bueno. Propongo su no aprobación".

Y por si pareciera todo esto un fenómeno de la Alta Edad franquista, de la ya lejana época de los 40, cuando todos coinciden en que el régimen comulgaba en mayor o menor medida con una ideología fascista aún sin desprestigiarse para muchos, consideremos esta opinión de 1968 por parte de un censor de *Travesuras de Guillermo*: "En rigor, el contenido de las aventuras de Guillermo, entre atolondrado e ingenioso, las escenas de hilaridad y las ironías a que dan lugar, ni son recomendables ni contienen aspectos positivos y utilizables para una recta formación infantil, ya que rebasan el marco de sus capacidades". Y allí está el meollo del asunto. El desasosiego estriba en esa ironía, que presupone un público adulto además de infantil para el libro, como es el caso de la mayoría de los mejores ejemplares del imprecisamente denominado género infantil.

Y, ¿las "travesuras" que "rebasan el marco de sus capacidades"? En este caso, la rata Rufina que Guillermo se lleva a la iglesia con la intención de amenizar el pesado

acto religioso con su adiestramiento. La "mascota" se le escabulle, por supuesto, sembrando el pánico entre los feligreses: "Rufina apareció a continuación corriendo por el borde del púlpito. Como consecuencia, la mayoría del elemento femenino salió de la iglesia sin andarse con cumplidos. Hasta el clérigo palideció al acercarse Rufina y subírsele al atril." Poco después cuando se entera de que el perro Jumble ha matado a su otra rata Cromwell, Guillermo halla consuelo sólo en la idea de celebrar unas pompas fúnebres como Dios manda: "Leeré los funerales verdaderos en el libro de misa". Todo lo arriba citado tuvo que suprimirse o modificarse, aun después de la promulgación de la tan cacareada *Ley de Imprenta* de 1968, liberalizadora porque suprimió la censura previa —pero no para libros infantiles. Ley conocida, como muchos recordarán, como "Ley Fraga", por ser su autor el entonces Ministro de Información y Turismo y ahora proteico senador por Galicia, tan reacio a la memoria histórica hoy, quizás, porque tiende a desenterrar de las catacumbas del Archivo a tan entrañables víctimas como Rufina, o el torpe beso que la arrojada Ninette Jarrow le sonaca a Guillermo con sus ya refinadas ardidés femeninas en el mismo volumen.

Pero no tiene por qué avergonzarse nadie, claro está, por el mero hecho de estar vinculado a la censura de libros para niños: es en este género, sobre todo, donde más se tiende a justificar el control, control que no es necesariamente menos eficaz por ser menos explícito o menos gubernamental. No se puede consentir que los pequeños se expongan a cualquier cosa. Y no queda otra, desde luego, que censurar según las costumbres de la época y del lugar. En este territorio diminuto del Caribe desde donde les escribo, últimamente arrasado por los ciclones del evangelismo literalista que nos llegan del norte, se han librado fervientes enfrentamientos sobre la conveniencia de desterrar o no los títulos de *Harry Potter*, tanto libros como películas, por estar impregnados de brujerías y demás elementos "anti-cristianos". Al final, no se llegó a tales extremos —se decidió que las pelis resuelven muy bien alguna que otra tarde que los ajetreados papás tienen ganas de desconectar y, total, hoy día la mayoría de los críos apenas lee... Hoy día, y aunque suene a tópico, quizá el mayor censor de todos sea la indiferencia, sentimiento que desdeñaría el gran Guillermo, al que se le puede acusar de muchos pecadillos, pero jamás del pecado de la indiferencia.

En la siguiente entrega, las aventuras de otro incombustible del género, Tom Sawyer, precursor tanto de Guillermo como de Harry Potter, en la España de Franco. ◀▶